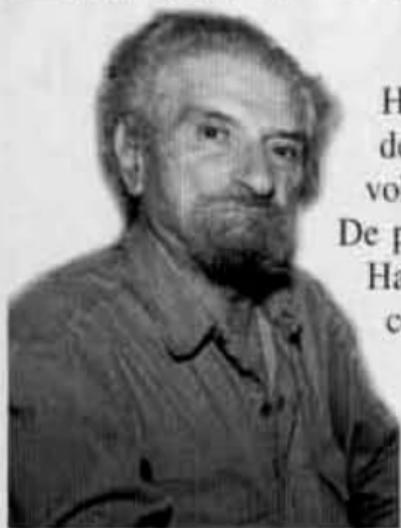


H O M E N A J E

Hans Ehrmann

NO ESTÁS AUSENTE



Hasta el final su sentido del humor me desconcertaba tanto, que me parecía volver a conocerlo cada vez que lo veía. De pocas palabras y largos silencios, a Hans Ehrmann le bastaban dos o tres conceptos para decir o escribir aquellos juicios por los cuales se granjeó respeto y, quizá, odios.

Así me gusta recordarlo. Lanzando al vuelo, con esa rapidez e inteligencia tan propias, alguna frase insólita,

que me dejaba pensando.

Los que estuvimos cerca de él, supimos que debajo del sarcasmo había una dulzura que pugnaba por salir; que se manifestaba en pequeños y grandes detalles. Desde su sabiduría para confiar, hasta el regalo que daba en el blanco de las obsesiones de los demás. Como jefe fue un maestro. Y como maestro era seco en sus comentarios e incondicional en la ayuda. Desde antes de conocerlo, en los años 70, siempre tuvo a alguien bajo su alero. Y fuimos varias quienes estuvimos en ese privilegiado espacio y quienes lo quisimos de una manera intensa y especial.

Pocas veces me ha costado tanto escribir algo como estas líneas. Es que ir dejando estas letras de homenaje me parece más definitivo que haberlo acompañado hasta el cementerio. Porque me cuesta pasar por la calle de su departamento sin imaginármelo rodeado de sus miles de libros, de esos miles de objetos que atesoró, aunque algunos no fueran sino latas de cerveza o botellitas. Porque todavía no puedo aceptar que no está aquí, y porque estas líneas que parecen pobres y tristes para hablar de él, me duele escribirlas.

Pienso a menudo en su vida tan particular. Tan intensa, apasionada y rica. Releo sus entrevistas a personajes del mundo del cine y me parece que sigue dándome lecciones a través de esas páginas. Lecciones a su modo, que no era doctoral ni mucho menos pedante. Lo que uno aprendió con Hans lo hizo viéndolo, leyéndolo, descubriendo la ética detrás de sus acciones. No dejaba pasar errores, pero los aciertos los destacaba con fuerza. Sabía oír y confiaba, lo cual le daba a uno, en los comienzos de la profesión, una seguridad inmensa. Generoso, compartía su saber y su ser con quienes quería. Y estaba allí, como un muro detrás de uno, no sólo en lo profesional sino también en lo afectivo.

Quienes no lo conocieron pueden tener una imagen distinta de él. Los y las que lo amamos seguiremos escuchando su particular voz, sus especiales comentarios, a veces lapidarios, pero que nos hicieron abrir los ojos más de una vez. Seguiremos aprendiendo de él y sintiéndolo cerca. Y, por cierto, nunca terminaremos de agradecer su talento y su grandeza, y el hecho de que nos hubiera escogido como sus cercanos.

María Eugenia Meza Basaure.
Periodista.